

REVISTA LITERARIA

DE

EL ESPAÑOL,

PERIÓDICO

DE LITERATURA, BELLAS ARTES Y VARIEDADES.

N.º 5.º

DOMINGO 29 DE JUNIO DE 1845.

FILOLOGIA.

Hemos visto anunciada en estos últimos dias una *Gramática de la lengua Castellana para el uso de las escuelas*, por D. José García de VILLALTA. Cuando nuestra antigua afición á esta clase de estudios no nos hubiera movido á ocuparnos desde luego en el exámen de un trabajo tan útil, el solo nombre del autor, que posee nuestra lengua con la perfeccion y conocimiento que demuestran sus escritos, nos habria inducido á enterarnos de sus ideas; porque así como, si nos propusieramos aprender algun arte mecánico, escogeriamos por maestro al que nos ofrece obras mas perfectas salidas de su taller, así tambien en operaciones mas elevadas suponemos que quien escribe bien hará uso de buenas reglas. La dificultad está en acertar á explicarlas de manera que se pongan al alcance de los que han de aprenderlas, mucho mas si estos son niños como los que concurren á las escuelas, y de aqui resulta lo árduo de la empresa de hacer un buen tratado elemental, don que no siempre se concede á los mas peritos en el ejercicio. La primera condicion que se exige es la claridad, y esta la hemos encontrado felizmente en la obra que examinamos. El señor VILLALTA espresa sus ideas con una sencillez que poco nos deja que desear; resta saber si estas ideas son exactas y conformes á la filosofia del lenguaje; pues en este siglo analizador todo lo mas comun y usual se ha referido á principios demostrados, ó hipotéticos ó convencionales, que reducen á cierta lógica aun las artes que antes se entregaban al solo dominio de la memoria.

La lengua castellana necesita una gramática. Parece que la academia española se está dedicando á este trabajo, cuyos frutos se hacen aguardar demasiado, ó á lo menos algo

mas de lo que exige la pública impaciencia. Entre tanto debemos agradecer y animar los esfuerzos privados que acudiendo á una necesidad urgente pueden tal vez sugerir ideas provechosas á los que con mas autoridad, con mas copia de luces rennidas y con todas las ventajas de la discusion deben presentar una obra que supere á las demas y funde su prestigio mas en su escelencia que en su calificado origen.

A nuestro modo de ver, el grave defecto de todas las gramáticas mas comunes ha sido el de haber considerado este estudio meramente como preliminar al de la lengua latina. De aqui es que las palabras se han clasificado mal, que se han hecho declinables por casos las que no lo son: que los tiempos de los verbos se han trocado en el concepto que encierra su equívoca terminacion, que se han dado reglas de mas y se han omitido otras muy esenciales.

A la primera ojeada se echa de ver que el señor VILLALTA ha procurado desechar toda traba que no tuviese mastitulo que la rutina; que ha tratado de concebir su pensamiento como si el arte estuviese por formar, y que solo despues de combinar su sistema lo ha comparado con los ya existentes, tomando de ellos lo que á su propósito se acomodaba, así en las ideas como en la nomenclatura. ¿Ha logrado con esto hacerse tan independiente, que no haya conservado resabios de las doctrinas aprendidas en la niñez? ¿Deja su sistema sin explicacion algunos fenómenos gramaticales que en el antiguo método quedaban destlinados?

Ya desde el principio se aparta de la generalmente conocida division de las palabras ó partes de la oracion: hé aqui cómo espresa su concepto. «Todas las ideas, todos los sentimientos de los hombres, han de versar precisamente ó sobre cosas, sean de la natu-

raleza que fueren, ó sobre la existencia, movimientos ó acción de estas mismas cosas, ó sobre las relaciones de las cosas entre sí. La mente humana analiza las entidades que existen, ó que pueden existir, ó que ella misma se crea; y como las lenguas tienen por único objeto trasladar por medio de sonidos ó de signos que los representen lo que en la mente pasa, evidente es que han de componerse en general 1.º de palabras que espresen cosas; 2.º de palabras que espresen la existencia ó el modo de existir, ó de actuar de estas cosas; 3.º de palabras que espresen las relaciones de las cosas entre sí. De ahí nacen los tres jéneros ó clases de palabras en que pueden dividirse todas las de cualquier idioma culto, á saber: *Nombres* ó palabras para significar las cosas; *Verbos* ó palabras para significar la existencia ó la acción de las cosas; y *Partículas* ó palabras para significar las relaciones, que dos ó mas cosas puedan tener entre sí.»

Aceptamos de buena gana esta division, que sobre la comunmente adoptada tiene la ventaja de presentar bajo un punto de vista único el oficio de cada una de las palabras en el discurso. Solo no admitimos que la interjeccion se coloque entre las partículas, pues de ninguna manera sirve para espresar las relaciones reciprocas entre los objetos y sus acciones, sino que forma una categoria enteramente aparte, cualquiera que sea el concepto bajo el cual se la considere. Por lo demas, si el sustantivo y el adjetivo se han clasificado bajo una misma denominacion de nombre, siendo tan diversa su influencia, con muchísima razon deben agruparse el articulo, que no es mas que un adjetivo, y el pronombre que solo forma una subdivision de los sustantivos y los adjetivos. Y asi como estos son una modificacion ó calificacion de los primeros, en el mismo caso se halla el adverbio con respecto al verbo, porque este con la variedad de sus terminaciones no puede espresar mas que uno de los infinitos accidentes (el de tiempo) que pueden precisar su sentido. Estamos, pues, muy lejos de desechar un método que nos parece muy conveniente para la claridad y el orden de las ideas.

Establecida la division de los elementos del lenguaje, pasa el autor á enumerar las partes de que consta la gramática y en este punto ninguna alteracion introduce, reduciéndolas á lo que se llama *etimología*, *sintaxis*, *ortografía* y *prosodia*. Para que cada palabra llevase en sí misma su definicion, no adoptariamos para

la enseñanza términos griegos que necesitan explicarse y diriamos en su lugar, *clasificacion*, *construccion*, *escritura* y *pronunciacion*. Pero si las partes de la gramática deben corresponder á los puntos de vista bajo los cuales pueden considerarse útilmente las palabras, dudamos que estos cuatro conceptos sean suficientes para dar idea completa de una lengua. El autor convendrá en que la palabra *etimología* que confunde con la *clasificacion*, espresa una idea muy distinta que podria y deberia formar una parte separada. El conocer el oficio de cada palabra y distinguirla de las demas por el sello particular que la caracteriza, es muy diverso de buscar su origen y examinar las derivaciones á que se presta, y aunque el profundizar esta parte de la gramática es empresa superior á las intelijencias infantiles, muy bien pueden ordenarse algunos elementos ó reglas de *etimología* propiamente llamada que abran ancho campo á su meditacion y les conviden á continuas aplicaciones. Otra parte de la gramática vemos omitida en todas las obras de este género, y es la que llamariamos *nomenclatura* ó *lexicografía* si se nos obligase á usar de palabras griegas, y consistiria en el conocimiento ó catálogo de las voces que existen para espresar nuestros pensamientos. De semejante estudio resultarian á nuestro modo de ver grandes ventajas, pues seria la base de la propiedad del lenguaje, y daria lugar á medir los recursos de la lengua, á establecer los limites de la sinonimia, y á buscar las palabras de que carecemos, sin embargo de que concebimos perfectamente la idea, y que poseemos los radicales de que pudieran formarse. Hemos leído, no recordamos donde, que los pueblos de la India poseen de la lengua sanerita algunas gramáticas que con gran probabilidad consideran muy anteriores á nuestra era, y que si bien no contienen idea alguna de gramática general, se detienen con suma prolijidad en una parte para nosotros no conocida, y es el tratado de la formacion de las palabras, que no solamente enseña el origen de los derivados y de los compuestos, sino que dá reglas para derivar y componer las palabras nuevas que pueden necesitarse. Y sin llegar á este punto, que alarmaria á los puristas, concebimos perfectamente que pueden reunirse algunos preceptos luminosos que nos guiasen en la explotacion del tesoro ya existente, convirtiéndolo en método un conocimiento que carece ahora de toda guía. No acusaremos al señor Villalta por no haber tenido presente una

idea que á otros se ha ocultado; pero ya que tenemos la pluma en la mano, ya que se trata de una obra escrita por la espontaneidad del genio libre de toda imitacion, queremos consignar nuestros pensamientos, que sin esta pasion muy dificilmente llegarian á comunicarse.

Pero suponiendo bien concebida la division de la gramática en cuatro partes, hallamos que el señor Villalta saca frecuentemente de su propio lugar las reglas que á cada una corresponden. Para no citar otros ejemplos observaremos que coloca en la sintaxis la conjugacion de los verbos irregulares, cuando la de los regulares va inclusa en la primera parte, sin que acertemos á dar con la razon de semejante anomalía.

Huyendo del escollo de las delineaciones, en lugar de considerar como casos de los pronombres personales las voces *me, te, mi, tí,* etc. que son los únicos acusativos y dativos de nuestra lengua, hace de ellos una clase bajo la denominacion de pronombres objetivos ó reflexivos. No combatiríamos este ingenioso recurso, sin la explicacion fuese completa. Pero en primer lugar omite el pronombre *si,* que es esclusivamente reflexivo, distinguiéndose de *te, lo, los* y *les* que son ya objetivos, ya oblicuos. En segundo lugar cañta la esencial advertencia de que las voces *mi, tí, si* deben ir acompañadas de una proposicion á diferencia de los *me, te, se* que van siempre sin ella. Y finalmente prescinde del todo de notar la caprichosa variedad de *conmigo, contigo, consigo* que completan la especie de declinacion de los pronombres personales. Tampoco se detiene en observar la singularidad de la voz *cuyo,* que es nuestro único genitivo.

Tambien en el capítulo del verbo, cuyo mérito estamos lejos de negar por la oportunidad de muchas observaciones tenemos nosotros algunas que hacer. La division en activos, pasivos, neutros y reciprocos es viciosa. La calidad de neutro no corresponde á la analogía, sino á la sintaxis, porque la diferencia consiste en el régimen. Fuera de esto, estas denominaciones no representan clases de verbos, sino formas de verbo. No todos los verbos pueden tomar todas las formas, algunos no pueden tomar mas que una, como *arrepentirse;* pero otros son susceptibles de varias. Hay forma activa, forma pasiva, forma reflexiva y reciproca, forma impersonal, forma gerundial, forma positiva y forma negativa. Y esta última no es tan indiferente que

deba omitirse; pues por una parte coarta la libertad del uso de los afijos y por otra varía completamente la segunda persona del imperativo.

Duélenos el ver que en el tiempo que llama indefinido del subjuntivo, el señor Villalta confunde todavía las tres terminaciones, una de las cuales es comun á este tiempo y al condicional, y las otras dos son completamente diversas en su significacion. Este error viene de lejos y procede de la causa que mas arriba hemos apuntado, de la falta de exactitud que tiene en este caso la lengua latina, y de la promiscuidad con que puede usarse una de las terminaciones. Si la conjugacion ha de ser lógica, es preciso introducir en nuestras gramáticas el condicional, como modo, ó como tiempo; pero en este último caso mas pertenece al indicativo que al subjuntivo, porque tiene una condicion esencial que le asimila al primero, la de determinar el sentido, siendo asi que es propio é inseparable del subjuntivo ó el tenerlo suspenso, ó el completarlo cuando ya por otro verbo se halla determinado. Esta reforma no habria sido nueva, y esto aumenta nuestro pesar al no verla adoptada.

En efecto estas y otras reformas semejantes hubiera visto formuladas y las hubiera adoptado desde el momento nuestro autor, á haber acertado á caer en sus manos un manual de gramática castellana que en 1842 publicó en Barcelona D. JUAN ILLAS Y VIDAL, quien dejó resueltas con destreza y explicadas con sencillez muchas cuestiones que antes se creian reservadas á la gramática sublime digámoslo asi. Pero tenemos entendido que en la época de esta publicacion ya tenia el señor Villalta terminado su trabajo, verdaderamente apreciable, á pesar de las observaciones que acabamos de hacer sobre él, animados por el sincero amor que profesamos al arte. Creemos que este ha conseguido un verdadero progreso con esta obra que abre un nuevo camino para ordenar los preceptos del lenguaje bajo otra pauta diferente de la seguida hasta aqui, que en nuestro concepto adolecia de graves defectos. El arte progresará todavía si no se desdeñan de cultivarlo los hombres de superiores conocimientos, en vez de dejarlo abandonado al pedagogismo.

Hasta que se valió á raciocinar sobre las lenguas, los estudios gramaticales permanecieron estacionarios. Desde Aristarco y Varrón hasta Erasmo, Escaligero y otros eruditos

del siglo XVI, y desde estos hasta muy cerca de nuestros días en que la gramática general se ha reducido á un cuerpo de ciencia, hallamos grandes vacíos que no pueden llenarse con las indagaciones parciales incompletas y sin plan, á que se han dedicado escritores de mas paciencia y prolijidad que elevacion de pensamiento. De todas maneras creemos con el conde de LANJUNAIS que los modernos van superando infinitamente á los antiguos (hablamos de los griegos y romanos cuyas obras han llegado hasta nosotros) en el análisis de los hechos gramaticales y la teoría del lenguaje. Hay para esto una razon, si no evidente, á lo menos satisfactoria. El estudio del entendimiento humano, ó en otros términos la ciencia de las ideas y de su formacion por una parte, y por otra el estudio de las lenguas comparadas son las dos alas de la gramática. Aun cuando los antiguos se hubiesen dedicado mas al primero, aquel orgullo falsamente patriótico que afectaban con respecto á las naciones estrañas que llamaban bárbaras, era suficiente á cerrarles el camino para una gramática general. Por el contrario, los modernos, ilustrados por una metafísica mas deslindada, animados por el sentimiento fraternal difundido por el evangelio, y arrebatados por el impulso de la civilizacion que obra simultáneamente sobre todos los pueblos, han podido andar mas acertados en sus investigaciones sobre las lenguas, y han podido distinguir lo que era comun y necesario á todas, de lo que es peculiar y accidental á una de ellas. La multitud de hechos recogidos, observados y puestos en cotejo ha ofrecido materia abundante para la formacion de las teorías; pero todavia queda mucho que hacer para llevar á feliz remate la ciencia gramatical.

Por esto nos felicitamos de que se arrojen á esta empresa hombres inteligentes, que penetren en los mas íntimos misterios del lenguaje; y entre estos preferiremos aun á aquellos, que descendiendo de su altura, y buscando los medios para hacer perceptibles los resultados de sus descubrimientos, vulgarizen unos principios que son la llave de todos los demas estudios, y han de difundirse entre las clases mas humildes y menos acomodadas.

LOS TRES LOCOS.

Viniendo de la Rioja Castellana para Madrid, el camino, conforme va dejando atrás el Ebro, se empeña en un pais mas árido, áspero y desierto á cada paso: un campo todo

formado de colinas casi planas; una tierra rogiza é inculta; alguna mata de esparto á la vera del camino; largas cuestras que vistas de lejos parecen verticales y de cerca apenas se dejan sentir; alguna hondonada de vez en cuando detras de la cual se elevan otros largos repechos, y en la cima de estas pendientes, espaciosas y llanas mesetas sin un arbol ni mas planta que un musgo menudo, igual, compacto y húmedo que cubre el suelo, y que el viajero se entretiene en pisar figurándose que se pasea sobre una alfombra.

El fin de esta continua ascension, cuyo desnivel aumenta progresivamente, es el llano de Baraona; meseta inmensa, plana y horizontal como la superficie de un lago, solitaria y descampada, entapizada de una yerbecilla sutil, entretegida y tan compacta que se resiste á la presion del pie; elevada sobre toda la península; puesta en la cumbre de la mas alta y principal sierra de las que cruzan España. Allí el cielo es de un azul tan claro, tan trasparente, que apenas se distingue; solo de vez en cuando lo empañan por breve espacio las nubes que pasan en arrebatada carrera, como escuadrones que marchan en tropel al escape; allí la atmósfera es fria y diáfana; á largas distancias se deja oír distintamente el graznido y se ve con perspicuidad el aleteo del cuervo que pasa elevado á una altura inmensa, dueño de aquellos campos cuyo dominio invaden alguna vez en grandes bandadas las cigüeñas; los desenfrenados embates del viento azotan incesantemente aquella planicie, y por la noche en ciertos días, segun cuenta la tradicion, todas las brujas de España se reunen en el llano, y ejecutan impías y obscenas ceremonias sobre una piedra única que se ve en la meseta y que llama la atencion de todos los viajeros.

Las nueve de la noche serian, víspera de un domingo, en el mes de enero, cuando por la parte de allá, en direccion á Madrid, subian tres hombres venciendo á pie y trabajosamente las últimas cuestras que conducen á Baraona. Corria un airecillo sutil y tan frio que entumecía el cuerpo; el cielo estaba despejado y lleno de innumerables estrellas, una capa de nieve recién caída cubria el horizonte que reflejaba en su blanca superficie los rayos clarísimos de la luna. La nieve es un terrible y falso enemigo durante la noche cubriendo poco á poco la tierra principia á borrar á vuestra vista todas las desigualdades del terreno; luego conforme cae, el camino va desapareciendo, ocultas ya las

pedras y matas á que se iba agarrando la memoria del transeunte; finalmente el viajero se encuentra perdido en aquel océano de blancura mate; aquella mezela confusa de luz y de oscuridad le desvanece, pierde la cabeza, y llevado de cien alucinaciones, siguiendo ya á una ya á otra de las cien fantasmas blancas que cruzan á lo lejos, va á caer, dando traspies, en alguna ventisca donde se hunde y desaparece en la nieve, ó bien se sienta rendido donde al halago de una dulce flojedad y soñolencia que se apodera de sus miembros helados, cierra los ojos y se queda dormido para siempre.

Luchando, pues, con esta insaciable sirena que tiende á sus víctimas tantos, tan intrincados, blandos y mortales lazos, con aquel entumecimiento y languidez que infunde, con aquellas singulares ilusiones ópticas que mueve y que los campesinos llaman *encandilamiento*, caminaban aquellos tres viajeros, desesperados ya quizá de hallar donde pasar la noche, si no de poderla soportar á la intemperie. Bien pensaban ellos haber llegado temprano á Baraona; pero anocheciéndoles el día, ya era toda la noche entrada, y ellos distinguiendo al principio el camino, gracias á sus muchas barranqueras, habian acabado por perder el tino y andaban, andaban, sin saber á donde ni por donde.

Entretanto el viento se dejaba sentir mas y mas, el frio aumentaba, el cielo seguia claro, el disco de la luna, blanco y distinto sin empañarlo ni la mas leve nubecilla, iluminaba el nevado horizonte. Doce campanadas graves, medio confundidas en el soplo del viento y muy lejanas, llegaron á oídos de los viajeros á tiempo que trasponian un repecho. Es una de las mas melancólicas impresiones la que, oyéndolo desde un camino, produce el tañido de la campana, perdido en la soledad y el espacio, vago, incierto y como si viniera de remotísimas regiones del otro lado del mundo. ¿Pero de donde venian aquellos sonidos? ¿Habia en las cercanias algun pueblo? Los viajeros colocados en la eminencia de la cuesta miraron en derredor y vieron á lo lejos una luz y los perfíles confusos de grandes edificios que se distinguian apenas.

Alentados con aquel encuentro y la esperanza de pasar la noche bajo techado, aceleraron el paso en direccíon á la luz, sin curarse de hallar camino por el llano en que avanzaban. Mientras tanto la poblacion se hacia mas visible; poco á poco sus tejados cubiertos de nieve, fueron destacándose en el

horizonte, formando un perfil regular, y por último, presentando á la asombrada vista de los viajeros un todo tan uniforme y grandioso, un edificio tan gigantesco, un palacio tan magnífico como solo podia figurarse la imaginacion mas atrevida. Perdiase de vista en una y otra mano, sin saberse dónde daba comienzo ni remate; deslumbradoras bocanadas de luz salian por todas su aberturas, tantas en partes y tan pocas en otras, que si por el frente de estas parecia el edificio una mole inmensa, opaca y sombría, por el de aquellas aparentaba ser de oro encendido y de trasparente enceje. La puerta estaba abierta de par en par; ardian dentro innumerables luces, y no se dejaba ver ni un viviente; consultaron entre sí los viajeros, y resueltos á todo, pasaron el dintel y comenzaron á subir la escalera; todo estaba solitario, todo iluminado maravillosamente. ¿Qué será esto? se decian, y continuaban subiendo á ver si por fin daban con gente, y al fin de muchos salones que cruzaron, dieron en uno que casi se perdía de vista y en frente vieron un trono cuyas piedras preciosas deslumbraban y en el trono un severísimo monarca con la corona en la frente y el cetro en la mano; pero no habia nadie mas.

—Ya estaba impaciente de no veros llegar, les dijo á los viajeros en cuanto pisaron el salon: ¿dónde diablos habeis andado, que hace mas de cien años que os estoy viendo venir?

—Veinte dias hará, señor, contestó uno de los viajeros, que salimos de Zaragoza y este es el que pensábamos que acabara con nuestras vidas, á no haber hallado este suntuoso palacio donde poder pasar la noche.

—Y algo mas pasareis si Dios quiere, y si, como presumo, valeis para llevar el peso de las importantes cosas que he de encomendaros.

—Nosotros valemos para todo, señor, replicó el mismo viajero, asi no valieramos, y nos habríamos ahorrado todas las persecuciones que acabaron por llevarnos á una casa de Zaragoza donde ejercian en nosotros los mas infernales tratamientos, y donde habríamos acabado miserablemente, inútiles de todo punto para hacer la felicidad humana, si un día no hubieramos hallado medio de echar el bulto al campo y el ojo á Madrid para darnos á conocer en aquella esfera de las luces.

—Pues en la de las luces estais, donde no os faltará cómo cumplir vuestros propósitos, y podreis olvidar esas vejaciones pasadas, que

bien las concibo si comparo la ignorancia y oscurantismo del mundo con vuestro clarísimo talento. Porque habeis de saber que yo soy un monarca muy poderoso, que rijo el mas vasto imperio del universo, y he pensado introducir en el mundo una trascendental reforma que ha de ser la panacea de todos sus males, remediando cuantos contratiempos, vejámenes y violencias sufren los hombres, como y tambien las alteraciones, disturbios, guerras, hambres y demas azotes que afligen á la humanidad.

—Por lo visto, dijo á este punto uno de los escapados de Zaragoza, vuestra augusta magestad ha tenido noticia de los inmortales propósitos y escritos del inmortal Fourier, y piensa plantear en sus estados aquel divino sistema que pondria en armonía música todas las tendencias primitivas y sensitivas del alma para dar cima á la unidad social. Por Dios recomiendo á V. M. que no se olvide de aquella importantísima circunstancia de que cada falansterio ha de tener siete lunas, porque este es uno de los polos en que ha de basarse la regeneración humana.

—No me es desconocido ese sistema, sino que antes al contrario me ha dado mucho que pensar, así es, que lo tengo reservado *in mente* para cuando llegue su tiempo. En cuanto á eso de las lunas, pierde cuidado que venido el caso, tú cuidarás de proporcionárlas. No es eso de lo que ahora me ocupo, aunque no deja de haber alguna analogía, que es de reorganizar mis Estados, para lo cual voy á cchar mano de hombres nuevos, y buscándolos por el mundo he puesto los ojos en vosotros, porque vuestro entendimiento y vuestras luces me han parecido lo mas al caso. Con que antes quiero que cada uno de vosotros se franquee conmigo, dándome parte de su vida, inclinacion y conocimientos para distribuir mas acertadamente los cargos.

—Pues si eso es, vais á saberlo al punto, dijo uno de los recién llegados. Yo, señor, nací en Valencia, hijo de padres pobres, pero honrados, si bien como honrados tan poco venturosos que el nacimiento mio le costó á mi madre la vida. Mi padre, hombre de negocios porque era escribano, cuya hombría de bien dejó fama, á Dios gracias, no podia atender á mi educacion; así es que yo me pasaba los dias enteros en la huerta comiendo calabazas dulces, que abundan y se consumen mucho en aquel pais, y que creo yo son la causa de la celebrada ligereza de sus naturales; cuando volvia á casa solo era para

mortificar á las criadas, con las cuales armaba sendas disputas, tan largas y acaloradas, y hablaba tanto, que por esto y por ser muy ancha mi boca, dióseme el cuerpo en salirse por ella, sin que haya humanas fuerzas que lo impidan; de suerte que apenas abro los labios no parece sino que me remangan y todo el cuerpo me echau fuera, y si me untan con aceite mucho mejor, con la particularidad de que cualquiera diria que soy una calabaza, pues tengo la misma contestura interior.....

—¡Tate! dijo á esto el atento monarca, ¡calabazas! ¡y el cuerpo te se sale por la boca y mejor si se le unta! No me digas mas, que desde este momento te hago representante y apoderado de todos mis pueblos, para que de acuerdo conmigo contribuyas á su gobierno, discutiendo lo conveniente, corrigiendo mis abusos y refrenándome en aquello en que vaya descaminado; de suerte que balanceándonos los dos en un equilibrio y correlacion continuos, hagamos efectiva la concordia ideal de las cosas opuestas.

—Tan cierto es que así se hará, señor, como es verdad que tengo yo un medio eficaz é infalible de lograrlo; y es que así como el cochero de un carruaje y el que vá dentro se ponen de común acuerdo por medio de un bramante, he escogitado yo que atándose V. M. el extremo de una cuerdecita al dedo meñique, y yo el otro extremo á mi dedo, nos podremos comunicar por aquel vehiculo, y cuando V. M. se estravie yo le daré un tironcito, y si tanto se estravia que nos hunde, antes que tal suceda, yo le daré un buen tiron y le arrancaré el dedo meñique, con lo cual al menos no se habrá perdido todo, sino que irá V. M. castigado.

—Acepto el medio, porque indudablemente es el mas eficaz de cuantos se me han propuesto; y ahora veamos qué nos dice ese compañero ciego que sigue, y cuál es el cargo que le corresponde.

—Yo, señor, contestó el interpelado, soy natural de Andalucía y debo la vida á una familia pobre, pero honrada; mi padre era zapatero de viejo; casóse con la criada de un escribano de Cádiz que era un hombre de mucha probidad, y le dió á mi madre con qué hacer la boda. A poco tiempo llamé yo á las puertas del mundo, y el dia en que nací fue el mas claro de la vida para aquellas dos personas que con mi llegada veian entrar la dicha por las puertas de su casa; no tan completa, sin embargo, que no trajese consigo algun

disgusto; pues no es nuevo en este mundo el que la fortuna, como todo el que hace beneficios, los desluzca de tal modo con la compañía de los agravios, que no se sabe si son mas bien para odiados que para agradecidos; así es que yo, si bien nací, nací ciego.

Aunque al pronto este no esperado defecto contristó mucho á mis padres, fue al cabo un incentivo mas á su amor; el cual en todos los padres es de tal condicion, que embellece la fealdad misma de sus hijos, y tanto mas se enciende, cuanto los ve mas desgraciados ó desvalidos. No dejaba mi padre de lamentar aquella imperfeccion de vez en cuando, porque era hombre leido y bien avisado, y pensaba que el faltarme la vista habia de ser gran inconveniente para dedicarme á las letras como habia premeditado; no solo por las dificultades que semejante imperfeccion ofrece al estudio, sino porque tambien la vista es el mas noble de los sentidos, y sin ella, decia, anda manco el entendimiento. A todo lo cual contestaba mi madre que el hijo de sus entrañas tenia de mas agudeza, y que ella bastaba y sobraba para mirar por él y mantenerlo toda su vida.

Sucedio una tarde, cuando yo era ya muchacho, que hubo mi madre de salir á comprar aceite de la tienda; y como viese en ella un sùcio escaparate con unas cuantas tortas de esas livianas, esponjadas, un si es no es espolvoreadas de azucar, y cuyo sabor tiene sus puntas de ágrio, me compró una que yo apreté entre mis manos con afán porque me gustaban mucho y rara vez me las compraban. Salimos de la tienda, y aun no habriamos andado diez pasos, cuando me dieron un tirón de la torta y se me llevaron un pedazo; yo me eché á llorar; preguntóme mi madre, le dije lo que era y arremetió furiosa á un muchacho que nos seguia pidiendo limosna, porque segun mi madre dijo, se le iban los ojos tras la torta; el muchacho negó haberme tocado, diciendo que ojalá los dedos se me antojasen huéspedes, y así regañándole mi madre porque se le iban los ojos tras la torta, y maldiciéndome á mí el, llegamos á casa y mi madre le dió al muchacho con la puerta en los hocicos.

Nos acostamos, y á eso de la media noche oí que mi madre despertaba á mi padre y le decia: oyes, Anselmo, ¿no ves relucir al pie de la cama dos ojos como dos carbones encendidos? Mi padre dió un solton y media vuelta, quedándose otra vez dormido, con lo cual su muger no se atrevió á hablar más palabra.

A la mañana siguiente nos despertamos, y yo me encontré con que veia, porque tenia en la boca del estómago dos ojos hechos y derechos, que no debian ser sino los que al muchacho de la vispera se le habian ido tras la torta, y tras ella se me habian clavado en el estómago.

Nadie puede figurarse la alegría que hubo aquel dia en la casa, tanto, que mis padres resolvieron echarla por la ventana, dando un convite á la vecindad; aunque sin decirle por qué. Dicho y hecho, llegó la mediodia, pusieron dos mesas en la sala de modo que parecian una; y principiaron á venir convidados.

Me habian puesto á mí un taburete á parte, porque mi padre, como hombre racional que era, no consentia que sus rapaces anduvieran hombreando entre personas mayores, ni menos incomodándoles; estaba yo, pues, sentado ya á mi mesita, descansando que todos los demas se acomodasen en la suya, y ya empezaban á hacerlo, cuando vi entrar un caballero, que se vino rectamente á mí y tomando una silla, se sentó en mi mesa; en seguida entró otro y otro detrás, hasta ocho, y por fin entraron otros dos hombres muy pequeños; y los diez, sin decir oste ni moste, comenzaron á comer conmigo. Yo no me atrevia á chistar de miedo, porque eran muy serios, y de pena de ver que se me lo comian todo: lo que mas me asustaba y entontecia era el ver que ni mi madre ni mi padre ni nadie se daba por entendido de aquello, como si no lo viesan, y me faltaban los dedos de las manos, que desde aquel dia en adelante, llegada la hora de comer, se me vuelven huéspedes.

—Basta, dijo el monarca, interrumpiendo al narrador. ¡Avariento, y viendo por los ojos ajenos y solo por el estómago! tú eres lo que yo buscaba; te hago ministro de la corona.

—Es que, señor, tengo otra cualidad mas rara aun, y es que como los ojos se me viajaron tras la torta adquirieron tal costumbre, que apenas veo una cosa que apetezco cuando los ojos dan un salto como barbos recien sacados del agua y se arrojan sobre lo que tengo delante.

—Tanto mejor; serás mi ministro de Hacienda, advirtiéndote que serás responsable de cuanto yo ejecuté por tu conducto.

—Si que lo seré; como que basta que convingamos en esto, porque yo ciego soy, pero á delgado y hombre cabal no me gana nadie.

—Pues basta y vamos al tercero.

—Como vuestra augusta y adorada magestad ordene y mande, contestó este; así la Providencia defienda y haga prosperar por largos años los preciosos días de S. M. adorada, para la felicidad del Estado. Yo, señor, soy un sabio: mi cabeza es un foco principal de esa órbita por que gira la inteligencia humana, cuyas aberraciones luminosas han desaparecido desde que mi aparición sobre la tierra disipó todas las oscuridades de los tiempos. Nací, señor, dotado de aquellos generosos dones del alma atrevida y poderosa, que engolfándose con los arranques de su genio por las mas vastas regiones, es presa de cien encontrados sentimientos y de las pasiones mas desenfrenadas. Por todo lo cual esta bárbara sociedad en que vivimos, ignorante, impudente y calumniadora, dió en decir que yo era un loco de atar y que no tenia cabeza. Los mas horribles padecimientos morales se escresparon entonces en mi alma, y víctima del mundo, la desesperacion era mi único consuelo cuando cayó en mis manos el Quijote, y allí lei lo de aquella cabeza de bronce que habló al caballero andante con toda formalidad y seso. Un solo pensamiento me poseyó desde entonces, encontrar aquella cabeza; imposible es enumerar todas mis inquisiciones y trabajos; revolvi archivos, bibliotecas públicas y privadas, me harté de mamotretos y al fin di con ella: estaba en casa de un poeta que hacia unos dramas muy hermosos, la cogí, me la planté sobre los hombros y exclamé: ¡a ver si ahora dicen que no tengo cabeza!

No pude hacer cosa mejor, porque desde entonces todo el que me mira á la cara, como me la ve tan grave y formal, cree que soy un hombre de mucho seso; no solo por esto, sino porque mi cabeza tiene la facultad acústica de repetir todo lo que oye; así es, que cojo los libros, los leo en alta voz, y en seguida mi cabeza principia su tarea de repetición, con lo cual gozo la mucha fama que merece mi profunda sabiduría. ¿Quién me negará que Colon era rabino, quién me lo negará á mí que he pasado años enteros quemándome las cejas por adquirir toda esta sabiduría que poseo? ¿quién me negará que de Colon viene colonia, de colonia coloniano, de coloniano cola en el...

—No digas mas; sino que desde este momento eres el sabio, el erudito, el literato, el poeta y todo lo posible en mi república; y como quiera que voy á establecer una cosa que se llamará prensa periódica, para que no se apoderen de ella en su generalidad, como

suele suceder, hombres ignorantes, charlatanes, papagayos y titiriteros, desde luego pongo á tu cargo la dicha prensa, advirtiéndote que no te se olvide decir cosas profundas y sustanciosas á propósito de todo, porque esto es lo principal.

—Y sin mas, prosiguió diciendo el monarca, pedidme todo lo que deseis, y saldreis á recorrer mi imperio para que os hagais reconocer en él.

A esta invitacion los tres viajeros contestaron á una voz que lo que querian era dinero, dinero, que no querian mas que dinero; y ademas pidieron carretelas para salir por la ciudad.

—Dinero tendreis, les dijo el otro, porque tengo yo aqui una invencion destinada nada mas que para eso; y en cuanto á carretelas, ahora mismo he mandado por ellas á Francia y no tardarán un segundo en estar aqui.

En efecto, apenas lo dijo se oyó el ruido de las carretelas, y los tres viajeros, despidiéndose de aquel maravilloso monarca, subieron á sus carruajes y echaron á andar.

El suelo estaba nevado; á poco rato apareció Baraona en el horizonte, y los viajeros seguian andando; á cosa de media hora despues volvió á aparecer Baraona hácia el mismo punto, y los coches seguian andando, y cada vez andaban mas aprisa; al cabo de otra media hora corta apareció otra vez Baraona, y los coches andar y mas andar, y los caballos parecian espoleados por ginetes invisibles, trotaban, galopaban, escapaban y volvía á aparecer Baraona en el horizonte; y así pasaron una hora y otra hora.

Al cabo de este tiempo se vió moverse en el llano un punto negro que minuto por minuto iba creciendo y estendiéndose y alargándose sobre todo; y los coches corrían y corrían, y de vez en cuando Baraona aparecía, y volvía á desaparecer. Ya por fin aquel punto negro se agrandó tanto que parecia una procesion, y no era efectivamente otra cosa: los habitantes de Baraona habian distinguido desde su casa unos bultos que á cosa de media legua daban vueltas y mas vueltas, girando sobre sus mismas huellas en círculo continuo, corriendo, volando; por todo lo cual no dudaban fuesen las brujas y salían á acometerlas. Delante venia el corregidor con su varra, y detrás dos hileras de osos con capas y sombreros como si fuesen hombres, y á la cola una multitud de ratas con mantallas, en tropel, lo mismo que van las mugeres detras de las procesiones.

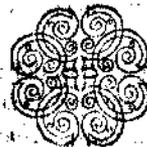
Esta singular procesion, que sin duda se entretenía el diablo en desfigurarla bajo aquella forma, se encaminó derecha hácia los bultos del llano, que corrían mas y mas, siempre en círculo. Detrás del corregidor venía el diablo, y cuando la procesion llegó cerca de los carruajes de los locos, el diablo comenzó á soplar, á soplar, y con aquel sopló el corregidor, perdió con la vara tierra, y dió á volar, y los que seguían, viendo esto, le agarraron de los faldores y él se los llevó y volaron también, y tras de éstos, agarrados unos á otros, fueron volando todos; y el diablo soplar y mas soplar, y los coches ya no corrían, volaban, y el corregidor detrás arreándoles á varazos y con él toda la procesion volaba detrás, todos en círculo sin salir nunca; y aquello ya no era correr, ya no era volar, era un huracán indomable, era un vértigo, era una confusion: poco á poco los coches y la procesion se iban haciendo invisibles, tan de prisa pasaban como relámpagos, como rayos, y ya no se les veía ni se les oía, sino que seguían siempre rápidos como el pensamiento, sin salir del círculo vicioso, y todavía están y estarán así por todos los siglos de los siglos, si Dios no pone remedio en ello.

ILDEFONSO OVEJAS.

Se ha publicado en estos dias un *Ensayo critico sobre la contratacion de la Bolsa de comercio y las ventas simuladas de los efectos publicos*, obra destinada á producir una sensacion profunda por la oportunidad de su objeto, pero que apenas caeria bajo el dominio de la literatura, si al mismo tiempo la aridez de la materia no fuese amenizada por la elegancia de la diction y por la riqueza de la erudicion que encierra. Hasta ahora no se ha publicado mas que la primera parte relativa á las lonjas de comercio en general, y régimen de su contratacion; pero se ofrece la segunda concretada á la calificacion de las operaciones que el uso y la tolerancia de la ley han introducido en nuestra bolsa. Prescindiremos de la doctrina como agena de la seccion de nuestro periódico, pero no podemos menos de recomendar su desempeño literario. Su autor el señor don PEDRO SAINY DE ANDINO, á sus conocimientos indisputables en materia de legislacion, reúne dotes relevantes de escritor aventajado: suma claridad en la esposicion de las ideas mas complicadas, y un espíritu de indagacion histórica que ordena admirablemente los hechos, presentándolos bajo un punto de

vista luminoso y fecundo en instrutivas consecuencias. Como modelo de este género puede presentarse el capítulo 1.º en que se hace una reseña de origen y antecedentes de las casas de contratacion establecidas por la ley ó introducidas por el uso desde la mas remota antigüedad, hasta que la multiplicacion de las necesidades sociales, la division de las industrias mercantiles, la reunion de los capitales para un objeto comun y la mayor dependencia de las relaciones entre los gobiernos y los particulares han dado nuevas formas á la institucion. Este es punto en que nuestra España debe reclamar una gran parte de gloria por la influencia que ejercieron sus antiguos consulados dando la pauta á que se han ajustado despues las reglas del derecho comun adoptado por las naciones modernas; y aunque otros autores han ilustrado este punto con singular pericia y copia de datos, la rápida ojeada que echa el señor Andino en la parte que mejor cuadra á su propósito, tiene todas las ventajas de la exactitud y de la oportunidad.

Al pasar á la parte doctrinal, que parece de suyo fria, descarnada, y poco susceptible de atractivos, se eleva el autor á graves cuestiones de administracion, de moral y de alta filosofia, pero todo al alcance de los lectores medianamente instruidos, porque el asunto es popular y á todos interesa: los consejos se dirigen no solamente, al gobierno que puede remediar los males, sino tambien á una multitud de gentes que atraídas por un cebo poderoso se lanzan á operaciones cuya índole les es desconocida. Y como al llegar á ciertas consideraciones el ánimo se halla vivamente afectado por el espectáculo de tantas desgracias y ruina de familias, el lenguaje del autor, saliendo á menudo de su ordinaria mansedumbre, se enardece y toma un colorido que contribuye á la amenidad de la obra. No nos cabe duda en que la segunda parte, todavía en prensa, corresponderá á la que acaba de salir á luz con anticipacion, probablemente por la urgencia del caso, aunque no ha alcanzado á prevenir la publicacion de la reciente ley de Bolsa, cuyas disposiciones hubiera podido ilustrar.



CRÓNICAS ESPAÑOLAS.

DE LA PRIVANZA DEL CONDE-DUQUE DE OLIVARES
Y CAUSAS DE SU CAÍDA.

Artículo 1.º

Ascendiente del Conde-Duque sobre Felipe IV.—Conducta de aquel.

Era tal el ascendiente que tenia D. Gaspar de Guzman en el corazon de Felipe IV, que no habia poder humano que bastase á desarraigarle y disminuirle. Bueno por excelencia D. Felipe, se dejaba arrastrar por su privado como por un poder sobrenatural, regulando sus deseos y sus acciones mas mínimas por los deseos y palabras del Conde-Duque. Inútiles eran para desvirtuar este predominio los repetidos tirós de la ambicion y de la envidia, de las maquinaciones monstruosas, como inútil también la voz de la razon y de la justicia.

La profunda penetracion, el esquisito talento de Olivares respecto al Rey fomentaban este concepto, como también el haberse criado aquel en la compañía del Conde-Duque, y queridole en extremo desde sus primeros años. No obstante, este afecto estaba mezclado de cierto temor, respeto y veneracion hácia aquel á quien siempre habia tenido por Mentor. Hablábase mucho en la corte sobre este singular dominio, pareciendo á los ojos de la generalidad de las gentes que este ascendiente del vasallo sobre la voluntad del señor traspasaba los límites y las leyes de la naturaleza; dando esto motivo á que la supersticion y la ignorancia atribuyesen á hechizo ó encanto lo que solo nacia de un sentimiento de buena fé y confianza.

Crecia á pasos agigantados el imperio del Conde-Duque en el albedrio del rey, y la ambicion de aquel llegó hasta el punto de atropellar por el sagrado de la confianza y abusar de una manera indigna de la bondad de una alma noble y generosa. Daremos, pues, en corroboracion de este aserto, y sin apartarnos de la historia, algunos pormenores sobre la conducta observada por este hombre singular durante su privanza, y pasaremos despues, en otro capitulo, á dar cuenta de los extraordinarios acontecimientos y variedad de circunstancias que ocasionaron su caída.

La desmedida ambicion del Conde-duque fue causa principal de que perdiese el Rey en Oriente los reinos de Orando, Oloa, Fernambuco, y todos los que estan en aquella dilatadísima cos-

ta, ademas del Brasil, las islas Terceras, el reino de Portugal, el principado de Rosellon, todo el ducado de Borgoña, sin mencionar otros muchos entre los que se cuentan Dola, Wirahzan, Estin y Arras de Flaundes. Infinitas plazas en el ducado de Luxemburg y Bruuviék en la Alsacia, estando próximo á perder asimismo los reinos de Nápoles y Sicilia; el ducado de Milán y el de Mantua. Asimismo se perdieron mas de doscientos y ochenta navios en el mar Occéano y en el Mediterráneo. De los derechos y donativos por el impuestos, como son, la media anuata así en lo temporal como en lo espiritual, el papel sellado, alcabalas y otros innumerables, sacó el Conde-duque ciento y diez y seis millones de doblones de oro que se gustaron inútilmente en ejércitos deshechos y en armadas perdidas; distribuyendo parte entre vireyes, gobernadores, capitanes generales y otros ministros, todos herburas soyas, ya por sangre, ya por dependencia; quedando los restantes en las arcas del Conde-duque y en los bolsillos de sus criados para reservarlos fincs. Terribles consecuencias de la demasiada debilidad de los monarcas, que jamás obran sino por los siniestros consejos de los que los rodean, siendo juguete del capricho y de la pasion de aquellos que abusando de la confianza que han inspirado son causa de que se sumerjan las naciones en un simultáneo de males!

Entre los muchos enemigos, que como es natural tenia Olivares, era uno, luego el mas poderoso quizás, la Reina doña Isabel de Borbon, la cual fue desde un principio tan desestimada del Conde-duque y de la duquesa su muger, camarera mayor suya, que solo era Reina en el nombre, experimentando en todo lo demas las desgracias de una miserable esclava, que inspiró mas tarde en el alma de su esposo la tirania del Conde-duque repitiendo lo que tantas veces habia osado este decirle de que: *«Las monjas se habian de estimar solo para rezar, y las mugeres propias solo para parir.»*

Sufria esta con resignacion los mayores tormentos, no tanto por temor como por respeto al Rey, doliéndose de ver tiranizadas de la manera mas odiosa las excelentes prendas, el despejado talento de aquel, y sus reinos sin remedio ni esperanza de mejor suerte, desahogando los sentimientos de su pecho en presencia solo de su confidente y valida la condesa de Paredes.

Discurrió la Reina que el único medio de alabar el entendimiento del Rey respecto á sus intereses era la jornada del mismo al ejército de Cataluña; más OLIVARES que preveía los perjuicios que la ausencia del Rey podría producirle, estorbó cuanto pudo este suceso y consiguió que no se realizase por entonces. Era el objeto de la Reina al procurar la partida de su esposo, que tratando con otros generales y gefes de la guerra fuera del Conde-Duque, aquellos tal vez quitarían el velo que ofuscaba sus ojos, é impedirían al privado ocultar el estado de sus intereses; pues aborreciendo todos como aborrecían á OLIVARES, y teniendo ocasiones de hablar libremente á S. M., sería fácil representarse alguno, celoso por la felicidad pública, que tanto desgraciado suceso nacia únicamente del gobierno tiránico y absoluto del Conde-Duque. Creía además que quedándose ella en la corte á lo menos con el título de gobernadora (como en efecto sucedió), tendría campo abierto para ejercitar su clemencia y dar á conocer las relevantes prendas de que estaba dotada, adquiriendo crédito con el Rey y teniendo mas oportunidad para darle justísimas quejas y descubrirle ámpliamente sus sentimientos. Así sucedió luego en efecto, y de los resultados que produjo tan heroica y oportuna determinación daremos cuenta exacta en otro artículo que esperamos ofrezca todo el interés que semejantes hechos inspiran.

Preveía el Conde-Duque los designios de Doña ISABEL, y siempre atento á su subsistencia, cuidando con extraordinaria vigilancia por sus intereses, estorbó la realizacion de estos pensamientos disponiendo la salida de S. M. para Aranjuez, mas bien que para divertirle, con el objeto de que trabajase, haciéndole pasar de este punto á Cuenca y de aquí á una cárcel, pues así puede llamarse á dos miserables aposentos en la ciudad de Zaragoza, impidiéndole de esta modo el que reconociese su completo ejército de cuarenta y cinco mil hombres, el mas lucido y digno de verse. Encerrado en esta reclusion D. FELIPE, no se atrevía á salir á campaña por el miedo que le inspiraba el Conde-Duque dándole á entender el riesgo que corría de ser prisionero por los franceses, á los cuales suponía dueños ya de Monzon y de las principales ciudades aragonesas. Califican los historiadores de pusilánime y deshonrosa esta conducta, indigna de un monarca, y en ella manchada la púrpura con un borron que oc-

urece en gran parte el reinado de Felipe IV. Pero este parecer no es en nuestro juicio del todo acertado, porque si bien Felipe cometió un error en no salir por miedo á los franceses del rincón á donde la suspicacia y los ardides del Conde-duque le habían conducido, no fue de suficiente trascendencia para merecer el dictado de *borron eterno* si se atiende á las circunstancias de que se veía rodeado, y al extraordinario ascendiente que tenía sobre él el Conde-duque, cuya influencia tenía vendados sus ojos y sordo su corazón, mas bien por efecto de su bondad y buena fé, que por malicia ó falta de preveníon y de talento.

Toda la distraccion de que el Rey disfrutaba durante su permanencia en la ciudad era asomarse por entre los cristales á ver jugar á la pelota, en tanto que el Duque salía dos veces al día á pasearse por la ciudad acompañado de doce coches y de cuatrocientos hombres armados, unos á pie y otros á caballo, cuyo jefe principal era D. ENRIQUE FELIPE DE GUZMAN, hijo de OLIVARES. Siendo continuo el encierro del monarca, nadie le hallaba sino en las audiencias públicas, y aun en estas solo le veían los que eran del agrado y confianza del Conde-duque; pues los mismos grandes, que á costa de gastos é incomodidades fueron á Zaragoza, no solo no alcanzaron audiencia particular del Rey, sino que ni aun se dignó escucharles el Conde-duque en sus negocios particulares.

Así se frustraron por entonces los deseos de la Reina respecto á su esposo; pero en cambio conseguía en la corte ser objeto de la adoracion del pueblo, ejerciendo sobre él una poderosa influencia. Recorria las calles de Madrid, visitaba los cuerpos de guardia, pedía á los gefes razon del estado de sus pagas, animándolos al buen servicio del Rey, daba audiencia á todo el mundo y hacia administrar recta y admirable justicia, adquiriendo cada día nuevas simpatías por los rasgos de nobleza y benignidad que la caracterizaban. Era en fin para sus súbditos, mas bien que soberana, una madre cariñosa y solícita que se desvelaba por la felicidad de sus hijos. Llegaron las generales y entusiastas aclamaciones de júbilo hasta los oídos del Rey, que se gozaba en escucharlas, y se gloríaba de tantas virtudes como admiraban en su esposa, que no conocía hasta entonces; pero el Conde-duque, á quien mortificaban extraordinariamente semejantes noticias

ponia todos los medios que estaban á su alcance para disminuir las ó entorpecerlas.

No pasaremos en silencio un hecho grandioso que por sí solo basta á caracterizar suficientemente á la Reina ISABEL, porque hay ciertos rasgos que por generosos y sublimes merecen grabarse en el corazón, y transmitirse de unas generaciones á otras para gloria y orgullo de los hijos de España.

Falto de recursos el ejército, escribió el rey á su esposa Doña ISABEL la imperiosa necesidad que habia de atender á tan sagrada obligación, encargándola hiciese todos los esfuerzos imaginables para enviarle los recursos que necesitaba. Penetrada esta generosa Soberana de las razones de su esposo, y no contando con medios para satisfacerle, puso inmediatamente en un cofrecillo de plata todas sus joyas y adornos de gran valor, y pasó en persona acompañada únicamente del conde de CASTRILLO, su valido, á casa de D. MANUEL CORTIZOS DE VILLASANTE, á quien las entregó, pidiéndole sobre ellas ochocientos mil escudos para enviar al Rey.

Asombrado y corrido CORTIZOS de la sublime humanidad y generoso desprendimiento de la Reina, y lleno de satisfacción por el señalado honor que aquella le dispensaba, se arrojó á sus pies lleno de emoción, le ofreció su honra, su hacienda, su propia vida, de las cuales dijo podia disponer á su arbitrio, y suplicó á S. M. volviese á palacio y se llevase sus joyas, prometiéndole iria el poco despues, como lo hizo en efecto, á llevarla los ochocientos mil escudos que necesitaba.

Una vez puesta en manos de Doña ISABEL esta cantidad fue enviada inmediatamente al Rey, recomendándole á CORTIZOS por el importante servicio que habia prestado á la nacion.

El Rey, como puede naturalmente inferirse, admirado de la noble accion de su esposa, la alabó con toda la sinceridad y entusiasmo de su corazón, disgustando en esto al Conde-duque, que disimulaba la mortificación que sufría, mezclando sus forzados aplausos con los del monarca.

Restituido el Rey á Madrid en 1642, dispensó á su esposa toda clase de atenciones y cuidados, admitiéndola en su confianza, por lo que tuvo ocasion la Reina de discurrir abiertamente con S. M. sobre los negocios del Estado, é informarle con exactitud (pues en los nueve meses que duró la ausencia del Rey habia adquirido

con su singular gobierno grande esperiencia de todo) sobre la pérdida de los reinos, la ruina de los ejércitos, la escasez de recursos pecuniarios y las continuas quejas de los afligidos vasallos. Mas con el objeto de que el Rey no creyese que era prevencion contra el Duque lo que ella le esponia, le suplicó que oyese los pareceres de los grandes y principales de la corte, con los cuales estaba de acuerdo, particularmente con el conde de CASTRILLO, quien se prestó gustoso en ayudar á la Reina, celoso como era por el bien público, y deseoso de vengar una ofensa hecha á su casa por el Conde-duque.

Tuvo, pues, el conde de Castriillo, repetidas conferencias con el monarca, en las cuales corroboró todo cuanto ya le habia manifestado Doña ISABEL, y señaló con valentia y resolucion al Conde-duque de Olivares como causa principal de todos los males que afligian al pais.

Siguieron al Conde de Castriillo otros varios, que hablaron al Rey sobre lo mismo, asegurándole todos que si duraba mas el tiránico gobierno del Conde-duque, era evidente la completa ruina del Estado.

Pero como por desgracia era tanto el apego del monarca hácia su privado, cuando se esperaba que estas justisimas observaciones y sanos avisos de parte de los principales señores del Reino produjesen por resultado la completa separacion del Conde-duque y el pronto arreglo de tan viciosa politica, solo se consiguió que el Rey no se mostrase tan afecto desde entonces con su privado, al que despues de varias amonestaciones, recomendó que cuidase con mas eficacia de los intereses del reino *«pues segun veia solo se cuidaba de los suyos.»*

Alentados los vasallos con esta repreusion aunque corta, no bien llegó á su noticia, redoblaron mas y mas sus quejas y representaron al trono; y previendo el Conde-Duque la tempestad que le amenazaba procuró conjurarla pidiendo licencia al monarca para retirarse del difícil puesto que ocupaba; porque, puesto que se atribuia á ineficacia y falta de celo el pernicioso rumbo que tomaban los intereses públicos, creia de su deber el abandonar un puesto desde el cual tenia que combatir la mala fé y la influencia de tantos envidiosos; pero le fue negado el permiso que tan premeditadamente solicitaba, y le hizo presente el Rey *que ambos debian buscar el pronto remedio de tantos males: el remedio para los suyos, le dijo D. FELIPE, le hallaras fácilmente*

te, retirándote de la vida pública; pero es preciso que yo encuentre el mio antes.

Divulgóse en la corte que vacilaba la privanza del Conde-Duque, y que estaba próxima á cesar del todo; la nacion entera bendijo á su Reina como autora de este gran beneficio, apellidándola sus apasionados vasallos *Restauradora de la España*.

En nuestro segundo artículo daremos cuenta de la caída del privado, así como de los infructuosos medios que aun intentó para conservarse en un poder del que abusó torpemente por espacio de tantos años.

L. DE L. Y CORRADI.

ESTUDIOS DE VIAGES.

EL MONTE ARARAT.

Uno de los sitios que mas misterios ha encerrado por espacio de muchos siglos á los ojos de casi todos los habitantes del globo, y que mas fecundo ha sido en anécdotas maravillosas, si bien todas ellas inverosímiles y absurdas, es el *Monte Ararat* de la Sagrada Escritura.

La particular mencion que los libros sagrados hacen de este sitio portentoso, y las tradiciones á que ha dado motivo un pasaje que á lo menos será mirado siempre como el monumento pereone de un trastorno universal (hablamos del Diluvio, hecho auténtico por mas que muchos incrédulos se empeñen en negarlo), nos hace creer que nuestros lectores verán con gusto los apuntes que en esta parte nos suministran los viajeros mas recientes.

Desde el caudaloso Aráxes hasta las márgenes del Tigris, del Eufrates y del lago de Van en la Armenia se estienden larguissimos ramales y cordilleras de montañas casi inaccesibles, cuyo punto mas eminente es el célebre monte Ararat de que nos habla la Sagrada Escritura. Llamábanlo *Maris* los antiguos, nombre que aun conserva hoy día en la lengua vulgar de los armenios; pero los turcos le han dado el de *Agri-Dagh*. El Monte Ararat se compone de dos inmensos picos, mucho mas encumbrado el uno que el otro: el tajo de los peñascos de que se compone y la capa de eternos hielos que lo cubren habian hasta este siglo hecho considerar como irrealizable la subida á la cumbre. A los obstáculos infinitos y á los peligros casi ciertos que atajaban el paso á los mas animosos, se juntaba para los antiguos moradores de la Armenia la veneranda tradicion de que habiendo sido la cumbre de aquel monte el puerto de salvacion del Arca de la Alianza, Dios conservaba en ella milagrosamente sus restos,

añadiendo que ninguna huella humana podia profanarla desde que Noé habia hecho pie en ella con su familia.

Refiérese, pues, que en tiempo del primer patriarca de la Armenia un fraile llamado Jacobo, que abrigaba ciertas dudas en órden á la autenticidad de los libros santos, quiso averiguar por si mismo el hecho generalmente adoptado del depósito de las reliquias del Arca en la cumbre de aquel sitio misterioso. Dirigióse con efecto á ella decididamente; pero despues de haber trepado un larguísimo trecho por aquellas breñas, hallándose rendido de cansancio le cogió el sueño, y al despertar por la mañana se quedó pasmado de asombro al encontrarse en el mismo sitio de donde la vispera partiera. No se desalentó el fraile por este acontecimiento; antes al contrario, quiso probar á subir otra vez; mas habiéndose repetido el mismo portento, conoció que un poder sobrenatural vedaba á los mortales acercarse á aquellos sitios. Esta opinion, que paró en firme creencia entre los armenios, fue tan poderosa, que ninguno de los naturales del país se aventuró en los siglos posteriores á traspasar los limites de aquellos hielos perpétuos, los cuales parecian ser la barrera insuperable de este nuevo Sinaí: fuera de esto, no se hallaban á la sazón bastante adelantadas las ciencias astronómicas y meteorológicas para inducir á los aficionados á su estudio á encaramarse por este monte con la mira únicamente de hacer descubrimientos nuevos.

Sin embargo, Juan Struys, viajero holandés, que visitó esta montaña á principios del siglo décimoséptimo, ha descrito su escursion en los términos siguientes: «Pusimonos en camino, dice, por la mañana para ir á visitar al ermitaño que vivia en la falda del monte; pero su ermita estaba tan distante, que no llegamos á ella hasta el día sétimo, habiendo andado cinco leguas cada día, en cuyos diferentes trechos hallabamos al anochecer un albergue para descansar, y los ermitaños que tambien los habitaban nos daban al día siguiente un labrador y un jumento, el primero para guiarnos y el segundo para acarrear comestibles y leña. Este último renglon era tan imprescindible, como que sin él no podria permanecer nadie de modo alguno en el monte, pues el frio es tan intenso, que se puede muy bien y sin riesgo alguno caminar á caballo sobre el hielo que se cuajó dos horas antes.

Ademas de esto, no es posible allí encender lumbre alguna si no se lleva abundante provision de leña consigo, pues en aquellos páramos no crecen árboles, ni zarzas, ni espinos, ni ninguna clase de arbusto, únicamente de trecho en trecho se ven algunas matas de líquen, pero muy pequeñas y enfermizas, y en toda la estension del monte no se ve una pulgada de tierra. Las primeras nubes que traspusimos eran densas y oscuras; las demas que fuimos atravesando eran sumamente frias y

en extremo cargadas de nieve, á pesar de que abajo era bastante el calor, y las uvas y otras frutas de temperamento cálido que llevabamos se mantenían en cabalazon. Al atravesar la tercera nube que encontramos estuvimos próximos á perecer de frio; por mas que nos afanabamos en correr para calentarnos, ningun esfuerzo era suficiente á lograrlo, y creo en verdad que si hubiese durado un cuarto de hora mas aquel heladísimo trecho, hubieramos muerto infaliblemente.»

Despues dice este viajero que en vista de que el frio era cada vez mas intenso se vieron obligados á descender sin haber visto la cumbre del monte.

Tournefort, en su viaje científico á la Armenia, reconoció tambien el monte Ararat, pero sin elevarse á una grande altura. «Aseguramos á nuestros guías, dice este sabio viajero, que no traspondríamos un monton de nieve que los enseñamos, y que no parecia á la vista mas grande que una torta; pero cuando hubimos llegado allá, la encontramos en mayor cantidad que la que podíamos necesitar para refrescar, pues el monton cuando menos tenia treinta pies de diámetro. Cada cual comió la que apeteció, y se acordó que no pasaríamos mas adelante. Bajamos pues con mucho frio de vuelta al monasterio, muy satisfechos de haber llevado á feliz remate nuestro propósito.» Sin duda habla aqui Tournefort del monasterio de Santiago situado en el vertiente N. E. de la montaña; luego añade: «Nos deslizamos de espaldas por espacio de una hora bien cumplida sobre la verde alfombra de qué el terreno está ya cubierto por aquella parte. Ibanos de este modo muy cómodamente y muchas de prisa que si fuésemos andando. Continuamos deslizandonos en cuanto lo permitió el terreno; y cuando encontrabamos gujarros que nos lastimaban las espaldas, nos echabamos de brúces ó bien bajabamos á gatas hácia atrás.»

El padre y predecesor de Mehmet-Behalul, Baja de Boyacid, quiso tentar tambien la ascension al monte, pero se detuvo á los dos mil cuatrocientos pies antes de llegar á las nieves, temeroso de las fatigas y peligros que le esperaban. La gloria de la subida hasta el punto mas culminante estaba reservada al doctor Fr. PARROT, profesor de física en Dorpat. Este fraile donado partió en 1850, con otro SAUSSURE, con ánimo firme y decidido de escalar la montaña, aun mas alta que el *Mont-Blanc*.

Despues de muchos dias de marcha y de las mas inauditas fatigas y peligros alcanzó la elevación asombrosa de quince mil ciento treinta y ocho pies sobre el nivel del mar, esto es, á unos trescientos cincuenta sobre la cumbre del *Mont-Blanc*: llegado allí, hincó en el hielo una alta cruz negra con esta inscripcion,

NICOLAE PAULI FILIO
TOTIUS RELENTE AUTOCRATO RE
HOC ASILEM SACROSANCTEM
ARMATA MANU VINDICAVIT
FIDEI CHRISTIANÆ
JOANES FREDERIS FILIUS
PASKEWITSCH AB ERIBAN
ANNO DOMINI MDCCCXXVI

Despues de haber proclamado en medio de las nubes el poderio de NICOLAS, emperador de las Rusias, y la victoria de su general PASKEWITSCH, disponíase Fr. PARROT á encumbrarse aun mas, cuando una tormenta repentina oscureció el aire y le obligó á bajar precipitadamente para salvarse de una muerte cierta. Volvió al monasterio de Santiago; pero no teniendo por cumplida su tarea, se apercibió para otra ascension y el 25 de setiembre del mismo año se puso otra vez en camino con un diácono joven del convento de Eczoyacié, dos soldados rusos del regimiento cuarenta y uno de caballeria ligera y dos labriegos armenios, todos los que le signieron deseosos de penetrar los misteriosos arcanos del monte. Siguió el mismo camino que la vez primera aprovechando las gradas que tanto él como sus predecesores habian practicado en el hielo. El 27 de setiembre á las tres de la tarde se halló en el punto culminante de la montaña; allí no encontró ninguna de las maravillas que vulgarmente se anunciaban, ni mas que una plataforma llana, de doscientos pasos de diámetro, la cual, segun observacion del mismo viajero, pudo muy bien servir de punto de apoyo al arca de Noé cuando allí se detuvo, puesto que la relacion del Génesis no dá á esta nave mas que trescientos codos de largo sobre cincuenta de ancho.

Desde esta elevacion, que se regula en diez y seis mil doscientos pies, abrazaba la vista un panorama inmenso y admirable; desarrollábase estensamente al pie del monte el valle de Arátxes con las ciudades de *Erivan* y *Sardarabad*, que aparecian cual dos manchas negras en la lejanía al Sur; se elevaban las montañas sobre que está posada Bayacid como el nido del águila: Nor-Oeste erguia su pasmosa mole el monte Alaghies, cuya cresta resplandece como la plata cuando el sol difunde sus ardientes rayos sobre los ventisqueros que le coronan: á derecha ó izquierda los lagos aparecian cual oasis brillantes esparcidos en medio el tinte uniforme del desierto de la llanura inmensa.

El padre PARROT, despues de hechas sus observaciones, descendió á su humilde habitual albergue con la gloria inmarcesible de haber sido el primero á poner la planta en un recinto que despues de la familia primitiva de Noé, esto es, al cabo de mas de cuatro mil años, nadie se habia atrevido á profanar, destruyendo de este modo las ideas supersticiosas del vulgo, que ha-

cian de este monte un lugar misterioso guardado por seres sobre naturales.

Desde entonces todos los naturales se acercan al monte no ya con un temor supersticioso, sino con un religioso respeto que les hace venerar las tradiciones santas cuyas páginas vivas son las cumbres del MONTE ARARAT.

C. M. NAVARRO.

Nuestros lectores tienen ya noticia de la adjudicación de premios dispensados por el Sr. Bertran de Lis á las composiciones poéticas que mejor celebrasen la clemencia de S. M., y saben que de los tres propuestos solo dos han sido adjudicados, recayendo ambos en la SEÑORITA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Sentimos no poder insertar las dos composiciones premiadas, en atención á haber sido publicadas ya, y muy leídas. Lo mas admirable en estos versos, como en casi todos los de la misma escritores, es lo varonil de los

conceptos, la entonación heroica del metro, la sobriedad y madurez con que estan escritos. Asi es que si por un lado no encarecen la ternura y sensibilidad de su autor, gran por otro con el laurel del vate su cabeza. La señorita de Avellaneda se desdenna de ser la primera de nuestras poetisas y es uno de nuestros mejores poetas: lauro glorioso concedido solo á sus peregrinas dotes.

Nosotros, pues, que tanto admiramos el talento de esta señorita, tenemos particular complacencia, porque así cumple á nuestro mismo afecto, en publicar una composición en versos franceses que ha llegado á nuestras manos y que tiene por objeto celebrar el triunfo de la señorita de Avellaneda; y para que las tan merecidas alabanzas que contiene no permanezcan ocultas en un idioma extraño, las trasladamos á una traducción castellana que debemos á la pluma del señor Ovejas. Hé aqui el original y la traducción.

LA GLOIRE.

A MADemoiselle GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

I.

Je me disais, echo d'un vulgaire mensonge.

«La Gloire est un vain mot, la gloire n'est qu'un songe,

«Un souffle léger qui s'enfuit:

«Une fleur qui s'effeuille, un sommeil peu tranquille,

«Un éclair fugitif, une étoile qui file

«Dans les régions de la nuit.»

II.

Et je donnais le nom, le nom de fous sublimes,

A ceux qui de doux mots et de sonores rimes

Forment des chants harmonieux,

Me rappelant la Grèce et les vieux jours d'Homère,

Me rappelant le Tasse et sa folie amère,

De Gilbert les tristes adieux.

III.

D'où vient qu'en cet instant se hurte dans ma tête,
Comme le tourbillon une grande tempête

Et porte le trouble en mes sens?

Saintes illusions! de vrais-je vous en croirez?

Quel émoi me vient brûler dans son pastel de la Gloire

Et de la myrre et de l'encens?

LA GLORIA.

Á LA SEÑORITA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

I.

Uní mi voz á la fátax del vulgo:

«¡Gloria, sonido vano, ensueño! dije;

«leve y fugaz aliento,

«flor de un día, vision en el insomnio,

«rápida exalacion, astro que hiende

«el vago, oscuro espacio!»

II.

«De sublime demencia son esclavos

«esos que en dulces voz y ecos acordes

«canto armonioso elevan.»

Dije, pensando en Grecia y en Homero,

en Tasso y su locura, y los que daban

Gilbert tristes adioses.

III.

«Qué pasión, qué huracán, qué torbellino
mueve ahora tempestades en mi frente,

mis sentidos turbando?

¡Gloria! ¡santa ilusión! ¿de adorararte

yo tambien, en tus aras encendiendo

el incienso y la mirra?

IV.

La poitrine haletante et le regard humide
Comme l'amant de Laure et le chantre d' Armide,
J'ai vu tout un peuple à tes pieds,
O Muse! et j'ai pris part à la sublime fête
Que te donne l'Espagne en plaçant sur ta tête
Une couronne de lauriers.

V.

Oui : la Gloire, la Gloire est la seconde vie:
C'est la flamme qu'au ciel Prométhée a ravie,
Et fit immortelle Sapho;
Qui couronnait Corinne au sein du Capitole,
Et posait à Chénier la divine auréole
Jusques au pied de l'échafaud:

VI.

Sans la Gloire ici bas tout s'éteint, tout s'efface,
L'homme naît, vit et meurt: que deviendrait sa trace
Sans son magique et pur rayon?
Comme un phare éternel sa lampe toujours pleine
Montre à l'Escorial, et montre à Sainte Hélène,
Charles Quint et Napoléon.

VII.

La Gloire du Poète est cette étoile ardente
Dont le front de Virgile et l'oeil d'aigle du Dante
Illuminent d'éclairs pareils:
Les grands noms qu'ont chanté leurs lyres éternelles
Brillent du même éclat et, gloires fraternelles,
Sont des feux des mêmes soleils.

VIII.

Lorsque la Gloire, hier, te couvrait de son aile
Que toute ta personne, à Corinne, était belle!
Dans le Paradis enchanté,
Au milieu de ces chants et de leur ambrosie
Se révélait en toi la double poésie
Du génie et de la beauté.

IX.

Les nourrissons du Pindo en tous pays sont frères,
Et les Muses sont soeurs aux rives étrangères
Ainsi qu'au paternel foyer:
Qu'une note française en ton clavier résonne:
Qu'une française fleur parfume ta couronne
Et s'entrelace à son laurier.

T. M. PATRONIZ
avocat du barreau de Paris.



IV.

Turbado el pecho y húmedos los ojos,
cual de Laura el amante ó cual de Arnida
el cantor, todo un pueblo
prosternado á tus pies ¡ó Musa! he visto,
y uní mis votos á los que hizo España
coronando tus sienes.

V.

Gloria es vida inmortal, sagrada llama,
hurto de Prometeo al alto Olimpo;
eterno lauro á Safo;
triunfo á Corina en medio el Capitolio;
santa luz que á Chénier le orló la frente
hasta el pié del calbaiso.

VI.

Sin su esplendor, oscuridad el mundo,
y todo en las tinieblas desaparece:
¡Qué es la huella del hombre?...
Mas al reflejo eterno, en Santa Helena
y el Escorial levantan sombra augusta
NAPOLEON, CARLOS QUINTO.

VII.

Astro de gloria es ese claro y puro,
que envuelve en luz la frente de Virgilio
y el ojo audaz de Dante:
los altos nombres que en sus aureas lirás
resonaron un tiempo, resplandecen
de un mismo sol al rayo.

VIII.

Cuando la gloria, ¡ó Musa! con sus alas
te cobijaba, ¡cuánto de hermosa
en tí! ¡cuánto de alteza!
¡Cantos, aromas, mágico y espléndido
paraíso en redor! ¡y en tí brillando
la belleza y el númen!

IX.

Dó quiera son hermanos los que el Pindo
abrigó; hermanas las de estraños climas
y el propio, dulces Musas:
que de la voz del Sena á tu alabanza
hiegue un eco; una flor de sus orillas
se ostente en tu corona!

MADRID: 1845.

Imprenta de la Sociedad de Ofertantes.
Virado en las prensas mecánicas de D. Antonio Matos.